

los tributos de las provincias, distribuía no poca parte de ellos á los pobres; pero tambien agregan, y se ve por la historia de su reinado, que era pérfido y vengativo. La pasion que tuvo por la guerra y la mania de traer siempre en movimiento á sus vasallos, hicieron que en México se diese el nombre de azuitzotl (ahuizote) á toda gente importuna y molesta.—Fué tambien excesivamente aficionado á la música, y cuentan que robaba muchas horas á los negocios públicos, con daño de los súbditos, para emplearlas en oír á los tañedores, que nunca faltaban en su palacio.

XXI.

Moctezuma II, rey de México.—Su humildad.—Arenga de Nezahualpilli.—La coronación. Orgullo repentino del monarca.—Ceremonial, palacios, jardines, etc.—Rasgos del carácter de Nezahualpilli.

Habiendo acabado con Ahuitzotl los hermanos de Axayacatl, la eleccion de rey recayó en un hijo de este monarca, llamado Moctezuma, á quien daban el sobrenombre de "Xocoyotzin ó menor," para distinguirlo de Moctezuma Ilhuicamina. Era grave, austero y magestuoso;

intrépido guerrero al par que sacerdote de Huitzilopochtli, hacíase notar por su extremada humildad, que el curso de los sucesos posteriores dió márgen á creer fingida. Cuando fueron á comunicarle el voto del senado, halláronlo barriendo el templo, y fué preciso quitarle la escoba de la mano para que empuñara el cetro. Sacóse sangre por medio de las espinas de maguey, segun la costumbre; dióse á largos ayunos, y, de mas á mas, al saber que los reyes de Tlacopan y Texcoco llegaban á felicitarlo, encerróse en el templo, como para mostrar que era indigno del rango á que lo alzaban sus compatriotas.

La arenga que le dirigió Nezahualpilli en tal ocasion es una de las mas celebradas que se conservan de los aztecas y acolhuas. "La gran ventura—dijo—que ha logrado la monarquia mexicana en teneros por cabeza, se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Y en verdad que no pueden ser estos mas justos; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que á sustentar tan grave peso no bastaria ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduria que en la que vos admiramos todos. Claramente veo el grande

amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escojer lo que mas puede convenirla. Porque, ¿quién pondrá en duda el que, siendo particular, supo penetrar los secretos del cielo, elevado ya á la alta dignidad de rey conocerá las cosas de la tierra para procurar la felicidad de sus vasallos? Quien tantas veces ha desplegado la grandeza de su ánimo, ¿qué no hará ahora que tanto necesita de esa eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduria no se halle tambien el socorro de la viuda y el huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cima de la autoridad, pues es tanta la que os ha comunicado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Regocijate, pues, venturosa nacion, por haberte tocado en suerte un príncipe que será tu apoyo, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molicie y estarse en el lecho abandonado á los pasatiempos y deleites; sino que, antes bien, en medio de su reposo le inquietará el corazon y le despertará el cuidado que tendrá de tí, y que ni hallará sabor en el manjar mas delicado por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien.—Y vos,

nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el Criador del cielo os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á la eminente dignidad á que os ha exaltado. Quien ha sido hasta ahora con vos tan liberal, no os negará sus preciosos dones habiéndoos él mismo subido al trono, en que os anunció muchos y muy felices años." Moctezuma se conmovió con esta arenga al extremo de verter lágrimas, y contestó reconociéndose indigno del puesto que ocupaba, y pidiendo al cielo auxilio y proteccion para regir á los pueblos.

Contra los de Atlixco llevó la guerra, sacrificando á los prisioneros en la ceremonia de su coronacion. Esta fué una de las mas solemnes, así por la real pompa desplegada en ella, como por los regocijos públicos á que se entregó la capital, espléndidamente iluminada durante algunas noches. Las danzas, la lucha, los juegos del volador y la pelota y otros ejercicios gimnásticos que hoy mismo asombrarian, ocuparon á nobles y plebeyos, y se dice que tales fiestas excitaron la curiosidad en todo el país, al grado de que los señores mismos de Huexotzinco y otros territorios en guerra con los aztecas, acudieron disfrazados á presenciarlas, y, habiendo sido descubiertos, Moctezuma, lejos de irritarse, les hizo dis-

poner tabladitos y alojamiento. Otros historiadores aseguran que los expresados personajes fueron expresamente invitados por el nuevo rey de Tenoxtitlan á concurrir á las fiestas.

Poco duró tras ellas la afectada humildad de Moctezuma, quien, contra la opinion de sus mas sabios consejeros, excluyó á los plebeyos de los empleos públicos á que siempre hasta allí habian tenido acceso, lo mismo que los nobles. El fin principal de tan inpolítica medida, parece haber sido la depresion de la clase comerciante, que, en recompensa de los servicios prestados por su actividad é inteligencia en el descubrimiento y sujecion de las mas ricas y distantes provincias, habia obtenido de los anteriores monarcas privilegios de gran valia, y desplegabá un lujo que causaba celos á los militares y nobles poco favorecidos de la fortuna. La determinacion del monarca provocó descontento, murmuraciones y aun resistencias que sirvieron de pretexto á asesinatos y confiscacion de bienes, de que se aprovecharon los señores del imperio; aunque de allí á poco comenzaron á recibir el castigo del apoyo por ellos prestado á tan enojosa arbitrariedad, pues Moctezuma, que desconfiaba de todo el mundo, los obligó á residir periódicamente en la córte, y á dejar en ella

á sus hijos y parientes, como en rehenes, durante los meses que permanecian en sus Estados respectivos; humillándolos, además, á todo su sabor con el ceremonial despótico que introdujo en su palacio.

Con efecto, nadie podia entrar allí con vestidos lujosos ni sin descalzarse á la puerta, ni sin hacer sendas reverencias, ni sin hablar en voz baja y con la cabeza inclinada hácia el pecho. El monarca daba á conocer sus resoluciones por medio de sus secretarios, y era preciso salir de espaldas, á riesgo de medir el suelo con el cuerpo. En la misma sala en que daba audiencia el monarca se le servia la comida, consistiendo—dicen—la mesa en un almohadon y el asiento en un banquillo; los manteles eran de algodón y la bajilla de barro de Cholula; habia platos de oro de que se servia en el templo en los dias de grandes fiestas religiosas; las copas en que le presentaban el chocolate y demas bebidas eran del mismo metal, y á veces jícaras ó conchas marinas; llevábanle toda especie de aves, peces, frutas y legumbres; el pan era de maiz amasado con huevos, y solia el rey tomar, por vía de regalo, sus trocitos de carne humana; cada plato era colocado sobre un braserillo, y el rey señalaba con una vara los que se proponia tomar, sien-

do los demas distribuidos á los nobles, que aguardaban en las piezas contiguas; eran servidos los manjares por cuatrocientos jóvenes y algunas de las mugeres mas hermosas del serrallo, y Torquemada asegura que lo que desechaba era bastante para mantener á tres mil hombres, número de los que, por lo comun, le hacian guardia. Asistian, á veces, á la comida, músicos y bufones, y, tan luego como terminaba, encendia el rey una caña á modo de pipa, cargada de tabaco ó "picietl," aspiraba su humo y dormia siesta, dando audiencia en seguida, ó divirtiéndose con los juegos gimnásticos ejecutados en su presencia.

Cuando salia Moctezuma de su palacio era en una litera descubierta, conducida en hombros de los nobles y seguida de numerosos cortesanos; á su tránsito cerraba los ojos la gente, para no deslumbrarse con la magestad real, y al bajarse tendíanle tapetes ó esteras, á fin de que sus piés no tocasen la tierra. Si en toda esta pompa habia algo de orientalismo, tambien lo hallamos en sus costumbres privadas, pues se bañaba diariamente, mudábase cuatro vestidos, que no volvian á servirle, sus mugeres de nadie eran vistas, y habia continuamente en cinta, ciento cincuenta de ellas, segun los historiadores. Tenia diversos palacios, el

principal con veinte puertas, vastos salones con piso y columnas de mármol, patios con fuentes y habitaciones para las concubinas, los empleados de su servidumbre y los extrangeros de distincion. Tenia casas para la conservacion de toda especie de animales, y cuentan que la de las aves estaba en el lugar donde fué edificado despues el convento de San Francisco; habia en las tales casas departamentos para las aves mansas, las de rapina, cuadrúpedos, peces y reptiles, no escaseando los pájaros de bello plumaje, que se recogia en tiempo de muda para las magnificas obras de mosaico, ni las águilas, ni los leones, ni los cocodrilos, ni las serpientes; muchos centenares de hombres se empleaban en cuidar de todos estos animales, y en la enumeracion de sus alimentos diarios citan las crónicas diez canastas de peces, quinientos pavos y fabulosa cantidad de granos, frutas é insectos. Tenia, ademas, el rey, jardines y sitios de recreo, entre ellos el de Chapultepec y uno en el Peñon, de que no quedan vestigios; en todos habia plantas medicinales, flores esquisitas, estanques y bosques provistos de animales de caza; reunia en sus palacios á todas las personas contrahechas y deformes del Anáhuac, y empleaba diariamente mas de mil hombres en barrer y regar las calles

de México, que, de seguro, no estarían entonces tan sucias como hoy.

Las ciencias y artes llegaron á todo su apogeo en tiempo de Moctezuma, quien hacia construir infinidad de mosaicos de pluma y obras de platería, admiradas y codiciadas de los conquistadores españoles. La pintura y la escultura siguieron siendo defectuosas en sus producciones, como es generalmente sabido; pero, la astronomía en el conocimiento de los planetas y arreglo del tiempo; la botánica y medicina en la elección y aplicación de las plantas á las enfermedades; la arquitectura, los caracteres y jeroglíficos con que consignaban los indios sus más memorables sucesos; el arte de la guerra, la danza, la música, las representaciones teatrales, la oratoria y la gimnástica, nada tenían que envidiar en México á Texcoco, cuna del renacimiento de la civilización destruida en Tula por los chichimecas.

Mientras la primera de estas capitales progresaba así en embellecimiento y en abyección, supuestos el despotismo de su monarca y el fomento que al par daba á las artes, la sede del imperio de Acolhuacan veía también mejorar los palacios y las leyes de Nezahualcoyotl, á quien igualaba en reputación de sabiduría y virtud su hijo y sucesor Nezahualpilli, si

bien sobrepujándolo en el celo por el castigo de los delitos, al punto de rayar en cruel muchas veces, con individuos de su propia familia.

Los conocimientos que Nezahualpilli llegó á alcanzar en astronomía y astrología judiciaria, dice la crónica, habíanle creado la reputación del primer mágico de su época, y se agrega que desde la infancia sus nodrizas lo vieron transformarse diversas veces en águila y león, emblemas del arrojo y la fuerza. Convocó, á semejanza de su padre, á todos los sábios de sus Estados, y tenía con ellos frecuentes entrevistas, pasando muchas noches en unión suya en los Observatorios de sus palacios. Protegió también á los poetas, y en su tiempo hubo en Texcoco una especie de certámen ó junta literaria en que fueron cantadas las hazañas del mismo rey y de su hermano Acapícol.

Respecto de su severidad, citanse varias anécdotas en que tal cualidad no siempre se hermanó con la justicia ni con los sentimientos que la naturaleza ha puesto en el corazón de un padre ó de un hermano. A un juez que alargaba cierto proceso, hizole tapiar la entrada principal de su casa; á otro juez que administraba justicia en ella y no en palacio, como estaba prescrito, mandóle dar muerte;

castigó del mismo modo á dos de sus concubinas por haber bebido pulque; á una de sus hijas por haberla sorprendido hablando con un noble jóven; á dos de sus hijos por haberse apropiado los prisioneros hechos por sus soldados en un combate, y á otro llamado Iztaquauhtli, por haberse puesto á edificar un palacio sin su autorizacion. Uno de los hermanos del rey poseia un teponaxthl adquirido en alguna campaña en calidad de botin, y que era tan grande y sonoro que se dejaban oír sus notas á distancia de tres leguas: pidióselo Nezahualpilli, ofreciéndole en compensacion el señorío de varias ciudades; pero habiéndose negado obstinadamente el dueño á darle gusto, sin alegar siquiera pretextos, el rey hizo extraer por fuerza el instrumento y demoler la casa de su hermano: la crónica añade que mandó colocar el teponaxthl en su sala de armas, como despojo de guerra; que solo era tocado en las fiestas mas solemnes, y que, años despues, los religiosos franciscanos lo quemaron, para destruir la veneracion supersticiosa con que era visto por los indígenas. Pero lo que mas sensacion causó en Texcoco y aun en México, fué lo acaecido con el príncipe Huexotzincatl, hijo suyo y de la segunda de las reinas, llamada Xocotzint. Una ley vigente castigaba con la pena de

muerte á quien dijera palabras obscenas en el palacio real, y habiendo aquel jóven proferido algunas ante la Dama de Tula, que era una de las concubinas favoritas de Nezahualpilli, en presencia de testigos, el rey examinó á éstos, y, no obstante que trataron de atenuar la falta del príncipe, generalmente amado por sus buenas cualidades, mandó quitar la vida. Acudieron á palacio los nobles y la madre misma del jóven, acompañada de sus demas hijos, á interceder por Huexotzincatl; pero el rey no se dejó ablandar por sus ruegos. "Mi hijo, decia, ha violado la ley. Si lo perdono se dirá que las leyes no fueron hechas para todos, y quiero que mis súbditos entiendan que á nadie se perdonará la transgresion, puesto que no la perdono al hijo á quien mas amo." La reina, penetrada de dolor, le replicó, no sin despecho: "Puesto que vais á ser el verdugo de vuestro propio hijo, dadme á mí tambien la muerte, y á estos tiernos príncipes, que os he dado." Entonces Nezahualpilli mostró airado el semblante y mandó á la reina que se retirase á su alcoba. El empeño de Moctezuma no tuvo mejor éxito, y aunque los encargados de dar muerte al reo aplazaron algunos dias la ejecucion de la orden, creyendo que el rey mudaria de dictámen, éste, al notarlo, mandó que

el castigo tuviera lugar al punto, y se encerró por espacio de cuarenta días en una sala, sin dejarse ver de nadie, á fin de llorar al hijo á quien él mismo privaba de la existencia.

XXII.

Diferencias y hostilidades con Tlaxcala.
—Descalabros de los aztecas.—Tlahuicole, general tlaxcalteca.—Hambre en el Anáhuac.—La flor del tlapalizquixóchitl.

Vamos á hacernos cargo brevemente, en este capítulo, de las diferencias y hostilidades habidas entre Tlaxcala y México, y que fueron causa de que pocos años despues de la época á que se contrae nuestra narracion, el primero de dichos Estados abrazara abierta y activamente la causa de los españoles contra el segundo, prestándoles un auxilio sin el cual la monarquía azteca no habria podido ser subyugada por Cortés y su puñado de europeos, no obstante las demas circunstancias favorables á la conquista.

De tiempo atrás, los aztecas echaban en cara á Tlaxcala que daba asilo á los perturbadores de la paz pública en el imperio y que maquinaba para que las provincias marítimas solo acogiesen á sus

mercaderes, con perjuicio de los de México y Texcoco. Alegando estos y otros pretextos, habíala obligado á reducirse á su antiguo territorio y á amurallarse del lado de Cempoallan y Cholula, para evitar así nuevos motivos de rencillas y precaverse de las incursiones de los aliados de México. Un vivo resentimiento germinaba en los tlaxcaltecas, que desde el reinado de Axayacatl advirtieron las tendencias de Tenoxtitlan á someter por completo un Estado libre, mucho mas antiguo que el formado por los emigrados de Chapultepec en la famosa roca de Acopilco. Habiendo entonces despachado embajadores á que reclamasen contra los perjuicios é injurias de algunos aztecas, se les dijo en el senado: "Que siendo el señor de México señor del mundo entero, todos debian reconocerlo con tal carácter; que estaba decidido á arrasar por el cimientó las ciudades que le negaran obediencia, y que, en tal virtud, los tlaxcaltecas obrarian cuerdamente reconociéndolo como soberano y pagándole tributo, á semejanza de las demas provincias." A lo cual respondieron los enviados: "Poderosos señores, Tlaxcala no os debe vasallaje alguno. Desde que sus habitantes salieron de Chicomoztoc, no han rendido homenaje ni tributo á príncipe alguno de la tierra, sino que han conser-

vado su libertad. Desistid de que obedezcan al rey de México, pues prefieren morir á verse esclavos. Por otra parte, es tan indómito su carácter, que algún día exigirán de vosotros lo que hoy exigis de ellos, y derramarán entonces mas sangre de la que derramaron nuestros antepasados luchando con los vuestros en la guerra de Poyauhtlan. Dicho esto, partimos á dar cuenta de vuestros desiguos.”

A la arrogante manifestacion de los aztecas no habia seguido otra cosa que el retraimiento altivo de los tlaxcaltecas, hostilidades de escasa monta, y el haber privado los primeros á los segundos de algunos artículos de primera necesidad, como la sal, de que en secreto abastecian, sin embargo, los nobles de México á los de aquella república. Pero al subir Moctezuma II al trono, formalmente resolvió conquistarlo, contando para ello, entre otros elementos, con la alianza de cholultecas y huexotzinqués.

Tlaxcala, tenia, á la sazón, á la cabeza de sus cuatro cuarteles ó distritos, á Maxixcatzin, que mandaba en el de Ocotloloçco; á Xicotencatl en Tizatlan; á Teohuayacatzin en Oztotipac, y á Tlehuexolotl en Tepetipac. El segundo de estos magistrados fué padre del general tlaxcalteca del mismo nombre, que quince

años despues lidió contra los españoles, y, por mandato de la república, vino en seguida de auxiliar suyo contra México, siendo ahorcado por Cortés en Tacuba, como desertor.—Las tropas de Cholula y Huexotzinco, en calidad de vanguardia del ejército azteca, penetraron hasta Xiloxochitla, dando muerte á Tizatlatzin, célebre guerrero tlaxcalteca que se defendió allí con un puñado de gente, y de aquí dató el odio reconcentrado de sus paisanos á Cholula, cuya destruccion se dice que aconsejaron empeñosamente á los españoles.

Quiso Tlaxcala tomar venganza del agravio recibido, é invadió su ejército á Huexotzinco. Los hijos de este territorio pidieron auxilio á México, y entonces aparecieron las huestes de Moctezuma á las órdenes de su primogénito Tlacahuepan. Al frente de las de Tlaxcala pusieron los cuatro magistrados de la república, salieron al encuentro de los aztecas, para evitar su reunion con los huexotzinqués, los sorprendieron y atacaron por uno de los flancos, y obtuvieron cabal triunfo, pereciendo en la refriega el caudillo mexicano, y siendo devastados por el vencedor los territorios de Cholula y Huexotzinco. Moctezuma hizo celebrar solemnes exéquias por su hijo, allegó fuerzas de todo el imperio, y lanzólas

contra Tlaxcala con tal presteza, que logró cercarla antes que sus ciudadanos se hubieran aparejado de nuevo á la defensa; cargaron con ella, no obstante, los otomites establecidos en las fronteras, sacando de sus fortalezas y rechazando la masa heterogénea de los sitiadores, de modo que al llegar las fuerzas de Tlaxcala al teatro de la lucha, halláronse sin enemigo. De resulta de la oficiosidad de los otomites, y para mostrarles su gratitud, ligáronse con ellos las familias principales de la república. Esta aumentó considerablemente sus obras de fortificación, y aunque Moctezuma se propuso reunir elementos mas poderosos para subyugarla, y aunque siguió habiendo hospitalidad declarada entre uno y otro Estado, no volvió á ocurrir suceso alguno importante, hasta la venida de los españoles.

No pasaremos á otro asunto sin consagrar algunas líneas al famoso caudillo tlaxcalteca llamado Tlahuicole, de quien hablan con admiracion todas las crónicas de aquel tiempo. Se dice que su miquahuítl ó espada era de tal peso, que apenas podía levantarla del suelo un hombre de fuerzas comunes. En alguno de los encuentros habidos entre los soldados de la república y los del imperio, se metió Tlahuicole incautamente en un pantano, y,

no pudiendo salir de él, cayó en manos de sus enemigos, quienes lo llevaron en una jaula á presencia de Moctezuma. Era tan ilustre la fama del prisionero, que el rey de México le hizo merced de la vida y aun lo dejó en libertad de volver á su patria; mas el arrogante tlaxcalteca respondió que no regresaria con ignominia y que deseaba ser inmolado como los demas prisioneros paisanos suyos. Logró de él Moctezuma que fuese sobre los michoacanos á la cabeza de un ejército azteca, con el cual hizo prodigios de valor; mas no pudo inclinarlo á que aceptase el empleo de "tlacatecatl" ó general en jefe de todas las fuerzas de México, y accediendo despues de algunos años á las reiteradas instancias de Tlahuicole, que pedia la muerte, dispuso el rey que la recibiera en el sacrificio gladiatorio. Consistia éste, segun hemos dicho, en asegurar con sogas uno de los piés del prisionero, y hacerlo así combatir con guerreros aztecas: Tlahuicole mató á ocho é hirió á veinte, cayendo en seguida, y siendo trasportado á las aras de Huitzilopochtli, donde le abrieron el pecho y le arrancaron el corazon, para ofrecerlo al idolo.

Tal vez una de las principales causas de la suspension de operaciones militares de parte de México contra Tlaxcala, fué

el hambre habida en todo el imperio, el tercer año del reinado de Moctezuma II. Provino de una larga seca semejante á las que afligieron á la monarquía de Tula en su último período, y fué tan terrible, que los reyes de Tenoxtitlan y Texcoco, despues de haber abierto al pueblo sus graneros, prontamente agotados, vieron en la necesidad de autorizar á sus vasallos á que emigraran á otros países en busca de los medios de subsistencia. Cuando el sufrimiento de la gente menesterosa tocaba á su término, observóse que el Popocatepetl dejó de humear por espacio de veinte días, y los astrólogos al punto predijeron la vuelta de las lluvias y de la fertilidad de la tierra. Dicen que se realizó tal prediccion, y que para celebrar el suceso, Moctezuma llevó la guerra á Quahuexhuatlan y sacrificó los prisioneros á Centeotl, diosa de las vendimias.

Por esta época, y despues de brillantes campañas de Cuitlahuatzin y de la ejecucion en México de los desdichados caudillos prisioneros Cetecpatl y Nahuixóchitl, se consumó la sujecion de los mixtecas y zapotecas, quienes permanecieron sometidos á la corona azteca hasta su desaparicion, por causa de la conquista. Dió lugar á la definitiva de aquellas provincias, un incidente que demuestra la

singularidad de los caprichos de los monarcas indígenas, no menos que la arrogancia con que entre sí solian tratarse. En algun viaje que Ahuizotl hizo á la Mixteca, se alojó en el palacio de Malinal, señor de Yuquane en el distrito de Tlaxiaco, cuyos jardines eran famosos por la variedad y esquisita rareza de las plantas y flores allí reunidas de los puntos mas lejanos del país. Un árbol de estos jardines, llamado "tlapalizquixóchitl," llamó principalmente la atencion del rey de México, por el color y la forma de sus flores, que eran rojas, cuya circunstancia dió su nombre al árbol; (1) y al regresar Ahuizotl á Tenoxtitlan, habló de aquello á todo el mundo "como de una de las cosas mas lindas que habia visto en su vida," Moctezuma, que se esmeraba en enriquecer sus jardines, recordó la entusiasta admiración de su antecesor hácia el "tlapalizquixóchitl" y envió á Malinal embajadores á pedirselo, ofreciéndole en pago valiosísimos presentes. Introducidos á presencia de Malinal los enviados, le dijeron: "Moctezuma, nuestro amo y pariente vuestro, os hace sa-

(1) Acaso haya sido éste el que produce la flor llamada "macpalxochitl" ó "de las manitas," que es muy raro y curioso, y que nosotros hemos visto en una de las huertas de Tlalpam.

ber que el rey Ahuizotl, su tío, le habló á menudo de un árbol que tenéis en vuestros jardines, llamado "tlapalizquixóchitl," y que por distraccion no os llegó á pedir el mismo Ahuizotl. Pero Moctezuma, deseoso de conocer tan famoso árbol, os ruega en su calidad de pariente y amigo que se lo enviéis, ofreciendo pagárselo, cualquiera que sea su precio." Dice la leyenda que Malinal oyó con impaciencia tal discurso, y que, sin tomarse el trabajo de escusar con algun pretexto su negativa, respondió así á los embajadores: "¿Habéis perdido el juicio para venir á hablarme de este modo? ¿Quién es ese Moctezuma cuyos embajadores os llamáis? ¿Acaso no ha muerto Moctezuma Ilhuicamina, y no ha habido despues otros muchos reyes en México? ¿Quién es, pues, este otro Moctezuma? Pero si hay álguien que tenga ese nombre en Tenoxtitlan, id á decirle de mi parte que lo reputo enemigo mío, que no le cederé mis flores y que advierta que el volcan que arroja humo es la frontera señalada por la naturaleza en sus posesiones respecto de las mias."

Volvieron con tal recado á México los enviados de Moctezuma, y este monarca, herido en su amor propio, despachó un ejército á castigar al arrogante señor de Yuquane.—Las ciudades de Tilantongo y

Achiuhtla que intentaron oponerse al paso de los aztecas, fueron tomadas, y lo mismo sucedió de allí á poco á las de Tlachquiauhco y Yuquane, en cuya defensa pereció Malinal. Los jardines de este señor fueron destruidos y los vencedores trasladaron á México cuanto contenian de mas precioso, incluso el "tlapalizquixóchitl," que inmediatamente fué plantado en alguno de los sitios de recreo de Moctezuma. (1)

XXIII.

Ultima fiesta secular.—Sacrificio de prisioneros.—Presagios.—Entrevistas de Moctezuma II con Nezahualpilli.—Apuesta de los dos reyes.—Resurrección y revelaciones de una princesa.

Despues de haber reparado Moctezuma el acueducto de Chapultepec, consagró su atencion á las diferencias ocurridas entre Cholula y Huexotzinco. Los habitantes de este último Estado, provocados por los del primero, lo invadieron é hicieron creer á los aztecas que habian arrasado Cholula. Como esta ciudad era tenida por sagrada, alarmóse Moctezuma temiendo la cólera de los dioses si per-

(1) Brasseur con referencia á Torquemada.